

religion de Mahoma, ni el protestantismo, ni el judaismo; pero cuando se trata del catolicismo, no hay críticos bastante desvergonzados ni palabras bastante sarcásticas para ajar sus dogmas, su moral, sus sacramentos, sus ritos, sus asociaciones, sus preces. Parece que todo lo más despreciable que tiene la humanidad, lo más ridículo y malvado se une contra esta religion, la única que es permitido criticar, calumniar y despreciar impunemente. Vereis algunos hombres, en sus libros, en sus conversaciones, saludar con respeto al sacerdote musulman, y lanzar el insulto á la faz del sacerdote católico. ¡Oh! quede incontestable y probado, que el mundo y el infierno no se unen de este modo contra la Iglesia sinó porque la Iglesia posee la verdad, y los hombres creen tener interés en negar la verdad, que los condena. Considerad, hermanos míos, que esa persecucion de desprecio, de que todos los días sois testigos, tiene algo de incomprensible, y para mí es la prueba, el carácter más distintivo de la divinidad del cristianismo.

Pero tomemos, hermanos míos, de nuestras instituciones, para ejemplo del partido que más nos denigra, tomemos, por ejemplo, la confesion. ¡Qué de sarcasmos indecentes sobre la confesion! Pues bien; la confesion como sacramento es cierto que no pertenece más que al catolicismo, y solamente en la confesion católica ha dado Dios poder al hombre para absolver los pecados; mas la confesion como institucion moral, como medio de consuelo, era honrada entre los pueblos de la antigüedad. Casi todas las sectas filosóficas de la antigüedad, los egipcios, los griegos, practicaban la confesion; es decir, el despojo de sí mismo, la manifestacion de su alma hecha á un tercero, para ser consolado, para ser dirigido, para ser purificado por el confesor. Toda la antigüedad pagana, sus sábios, sus filósofos, admiraban el uso de la confesion, y pedian y deseaban muchas veces participar de ella como de una gracia; y es probable y casi cierto, que la mayor parte de los pueblos orientales, ántes de la venida de Jesucristo, conocian la práctica y el uso de la confesion. Pues bien; basta que el catolicismo la haya obedecido, que Jesucristo la haya establecido como un medio de conocer los pecados para dar la absolucion, y que le haya concedido una eficacia real é indudable, para que haya llegado á hacerse ridicula y vergonzosa. Y de este modo lo que la antigüedad admiraba, la sabiduría de los tiempos modernos desprecia entre los católicos. Lo mismo sucede con todas las demás instituciones católicas. Se respeta el rosario de los turcos y se desprecia el rosario del católico. Todo lo que es católico es necesario despreciarlo, porque es la verdad, porque todo ello viene de Dios: es necesario respetar

todo lo que es de religion falsa, porque es la obra del demonio. ¡Es esto bastante?

Y ¡sereis espíritus tan débiles, que porque se burlan de vosotros y de vuestras prácticas, porque se critican las pruebas de vuestra religion, y hasta porque se os amenaza, renogueis por eso de lo que os honra, y no acepteis esas mismas pruebas de vuestra dignidad? ¡Ah! ¿no veis que se os persigue porque sois del cielo y os volveis al cielo? Seamos fuertes contra la persecucion, sea que trabaje por oscurecer con sofismas la luz católica, sea que critique y blasfeme de nuestras obras. Todo esto está anunciado por Jesucristo, por el mismo Dios. El día que el catolicismo dejase de poseer y de ser el mismo Dios, cesaria de ser perseguido violentamente, y en cambio tendria derecho al respeto del malvado y del insensato, como las otras religiones falsas. Hermanos míos, consolémonos y esforcémonos, porque si solo el cristianismo es perseguido de este modo, prueba que es divino. Practiquemos sus preceptos, y alcanzareis la felicidad eterna que os desco.

PERSECUCIONES, véase ADVERSIDADES, AFLICCIONES.

PERSEVERANCIA.

I.

Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

Quién perseverare hasta el fin, ese se salvara.

(MATH. XXIV. 13.)

Ser incapaz de pecar es propiedad de la naturaleza de Dios; no poder ya caer en pecado, es privilegio de la gloria; no haber nunca ofendido á Dios es felicidad del estado de la inocencia; convertirse despues de haber pecado, es el efecto ordinario de la penitencia; pero haberse convertido para no pecar más, es lo que se llama gracia y don de perseverancia. Entre estos estados el primero, que consiste en ser incapaz de pecar, es el más excelente, pero no le conviene á

criatura: el segundo, que es estar libre ya del contagio de la culpa, es el más apetecible, pero está reservado para la otra vida: el tercero, que es no haber jamás pecado, es uno de los más felices, pero desventuradamente hemos caído de tan venturosa suerte: el cuarto, que es haber llorado y remediado el daño que nos hizo la culpa, es necesario absolutamente; pero, aunque tenemos en él un gran recurso, no basta para nuestra seguridad: el último, es decir, el de perseverar en la gracia, es nuestra cumplida felicidad, pues, en alguna manera, nos hace participantes de la impecabilidad de Dios, de la inocencia del primer hombre, de la santidad consumada de los bienaventurados en el cielo, y de la bienaventuranza que empiezan á gozar aquellos pecadores de los cuales, segun la santa Escritura, se complace el Señor en hacer vasos de misericordia en este mundo. De la perseverancia cristiana quiero hablaros en este discurso; dichoso será si consigo el día de hoy infundiros esfuerzo y firmeza, y hacer por este medio, que os preservéis de recaer en pecado. A este fin me propongo haceros ver: primero, *la obligación que tenéis de perseverar en la gracia*: segundo, *los medios de que debéis usar para conseguir esta perseverancia*. Para el acierto pidamos los auxilios necesarios. A. M.

4. Con tres poderosas razones estableceré la indispensable necesidad en que nos hallamos de perseverar en la gracia que hemos recibido por medio de la participación de los sacramentos. Tomaré la primera del peligro de que hemos salido; la segunda, de los combates á que estamos expuestos en esta vida; y la tercera, del camino que tenemos que andar para arribar á la felicidad de la otra.

¿En qué peligro no os hallabais, hermanos míos, cuando Dios se dignó visitaros por medio de su gracia? Bien lo sabeis vosotros, y no me toca á mí juzgar de ello, ni tampoco pretendo ponerlos delante de los ojos el triste estado de una alma perdida que se ha alejado de su Dios. Solo os diré, que si os hallasteis en estado de pecado mortal, estuvisteis en peligro evidente de morir como réprobos. ¡Ay, hermanos míos! ¿y podréis pensar en este peligro sin estremeceros y sin tomar todos los medios posibles para evitarlo? El que una vez ha salido libre de un naufragio, con dificultad se querrá embarcar segunda vez y confiar su vida á la inconstancia del mar: el peligro más remoto le mete miedo, y vosotros, á quienes Dios ha sacado del más funesto de todos los naufragios, ¿tendréis á bien exponeros segunda vez á él con alegría y serenidad de corazón? No me digais que la misericordia de Dios es grande, y que él os perdonará la multitud de

vuestros pecados; pues hay ciertos pecadores á quienes la Escritura prohíbe hablar de esa suerte: *Ne dicas miseratio Domini magna est; multitudinis peccatorum meorum miserabitur* (ECL. v. 6). La misericordia de Dios es grande, y más grande de lo que vosotros podeis pensar; pero eso es para los que le temen y le sirven, y no para los que le menosprecian y reparan poco en ofenderle. Estos temerarios deben saber, que no hay cosa que más detenga el curso de la misericordia de Dios sobre nosotros que la frecuente recaída en el pecado: *Quis miserabitur tui Jerusalem; aut quis ibit ad rogandum pro pace tua?* dice el mismo Señor á la ingrata Jerusalem (JEREM. xv. 3). ¿Quién tendrá misericordia de tí? ¿Quién pedirá tu reconciliación y tu paz? Tú habias prometido serme fiel, y no obstante me has abandonado: te has vuelto atrás, me volviste la espalda para correr tras de una vil criatura: *Tu enim me dereliquisti, dicit Dominus, retrorsum abiisti.* ¡Ay, hermanos míos! yo os lo digo con toda la libertad que me permite mi ministerio; más valdría no haber conocido jamás el camino de la justicia, que volveros atrás despues de haberlo conocido. Si, mejor os hubiera sido no haber abrazado jamás las santas leyes del cristianismo, que abandonarlas y menospreciarlas insolentemente despues de haberlas recibido: *Melius erat illius non cognocere viam iustitiae, dice S. Pedro (II PETR. II, 21), quam post agnitonem retrorsum converti ab eo, quod illis traditum est, sancto mandato.*

Procurad, pues, hermanos míos, no volver á meteros en el peligro de que os habeis librado. Acordaos que ese mismo peligro os advierte, que debéis ser fieles á la gracia y constantes en el servicio de Dios. Si quereis ser mis discípulos, nos dice Jesucristo, *manete in dilectione mea* (JOAN. xv. 9): perseverad unidos á mí. Pensad bien esta palabra: *manete*. No basta ser de Jesucristo por algunos dias, es necesario serlo siempre. No basta que le amemos por algun tiempo, es menester que lo amemos constantemente y que perseveremos en su amor hasta el fin. Esta misma perseverancia nos es tambien necesaria para salir victoriosos de los combates que tenemos que sufrir en esta vida, y esta es la segunda razon de que me serviré para convenceros de su necesidad.

No ignorais, hermanos míos, que esta vida es una tentacion continua, y que tenemos que sostener en ella violentos asaltos; y por esta razon pedimos á Dios todos los dias, que no nos deje caer en la tentacion. Es necesario pelear, y pelear con esfuerzo, pues sólo se coronará al que pelear legitimamente, como dice el Apóstol (II TM. II, 3): mas advertid, que en la perseverancia consiste todo el suceso de nues-

tros combates; sin ella no logrará victoria el que pelea, ó si la logra, no conseguirá la recompensa. ¿Quién será el que se ha de salvar? ¿Será el que ha peleado? No: pues algunos, despues de haber peleado cierto tiempo, se han perdido miserablemente. ¿Será el que ha corrido? No; pues muchos, despues de haber corrido por los caminos del Señor, últimamente se cansaron y no pudieron arribar á la felicidad eterna. Pues ¿quién será el que se salve? ¡Gran Dios! Vos que sois el único que conoce el número de los escogidos, declaradnos este recóndito secreto de la predestinacion. Quien perseverare hasta el fin, dice Jesucristo (MATH. x. 22), éste se salvará: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit*. Ved ahí el que se habrá de salvar.

Apóstol de las gentes, vos decís, escribiendo á vuestro discípulo Timoteo, que os está reservada una corona de justicia, y al parecer os prometeis con seguridad, que el Señor, como justo juez, no os la podrá negar: *Reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus justus judex* (II TIM. iv. 8). En todas las demás partes temblais y hablais de la incertidumbre de vuestra suerte, hasta llegar á decir, que castigais vuestro cuerpo, y lo reducis á servidumbre, temiendo llegue el caso, *ne fortè*, que predicando á los demás, seais vos mismo reprobado (I Cor. ix. 27); y aquí dais á entender que estais muy seguro: pues ¿en qué se funda esta seguridad? Sobre la perseverancia en el servicio del Señor: yo me hallo, dice, cerca de mi fin: *Jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat*. Yo soy como una victima que ha recibido ya la asperion para ser inmolada: ya se acerca el tiempo de separarse mi alma de mi cuerpo: ya conozco me restan solo algunos dias de vida; pero ved aquí en qué estriba mi consuelo, y lo que me hace esperar todo lo posible de la misericordia de Dios: yo he peleado varonilmente: *Bonum certamen certavi: cursum consummavi, fidem servavi*. Por esto espero con confianza la corona, que me dará el Señor como justo juez; y no solo á mí, sino tambien á todos los que desean su venida. *In reliquo reposita est mihi corona justitiæ quam reddet mihi. Dominus in illa die justus judex; non solum autem mihi, sed iis qui diligunt adventum ejus*. Nosotros, pues, á ejemplo del Apóstol, solo debemos contar sobre la perseverancia final; y como estamos muy distantes de la perfeccion de un S. Pablo, el camino que nos falta aún por andar para concluir la obra de nuestra salvacion, es otra razon que nos obliga á perseverar en la gracia.

La virtud tiene diferentes grados: tiene su principio, su medio y su fin. Vosotros habeis empezado bien; pero ¿os bastará esto? No, hermanos míos: Saul y Judas empezaron bien; mas no habiendo con-

tinuado, fueron reprobados. ¿Habeis acaso comenzado mal? ¿Deberéis por eso desesperrar de vuestra salud? No, hermanos míos, S. Pablo y S. Agustin habian comenzado mal, pero habiendo acabado bien, se salvaron. ¿Qué quiere decir esto? Que la perseverancia es el premio, la perfeccion y la consumacion de todas nuestras virtudes. Si Dios os ha hecho la gracia de que hayais empezado bien, es necesario continuar. Los justos irán de virtud en virtud, y procurarán siempre adelantarse, hasta que tengan la dicha de ver al Señor en la celestial Sion, como dice el Profeta (PSALM. LXXXIII, 8); pero si el justo llega á aflojar y ser infiel á su Dios, todas sus buenas obras se sepultarán en el olvido: *Justitiæ ejus non recordabuntur amplius*. (EZECH. XVIII, 24). En fin, si despues de haber empezado mal os hace Dios la gracia de admitiros á su amistad, debéis hacer aún más esfuerzos para perseverar en los sentimientos de penitencia que Dios tuvo á bien inspiraros.

Oid la respuesta que dió S. Gregorio Magno á una señora, que le suplicaba encarecidamente pidiera á Dios le revelase si se le habian perdonado sus pecados. Padre santo, decia ella, vos teneis mucho valimiento con Dios; haced por medio de vuestras oraciones que yo llegue á saber si me ha perdonado su Majestad, y si al fin de mi vida habré de ser del número de los bienaventurados. *Rem difficilem, etiam et inutilem postulasti*, le respondió el santo (GREG. I. 43, 6, ROMIC. c. 486): me pedis una cosa difícil, y al mismo tiempo inútil; porque debéis temer siempre y llorar vuestros pecados, mientras estéis en estado de llorarlos. Pero ¿quiereis que sin recurrir á revelacion, os diga con toda certeza cual será vuestra suerte por toda la eternidad? Si perseverais en los buenos sentimientos y santas disposiciones en que os hallais al presente, os salvaréis; mas si cometeis algun pecado mortal, y morís en ese estado, os condenareis. Debeis, pues, concluir este Padre, temer mientras estais en esta vida para merecer aquella en donde el gozo durará eternamente. Permitidme, hermanos míos, que os dé el mismo consejo. Por mucho que sea vuestro mérito, temed siempre, y haced todos los esfuerzos para perseverar. Solo la perseverancia puede asegurar vuestra recompensa. Si no perseverais hasta el fin, todo lo bueno que hubieréis hecho es inútil; pero si perseverais, vuestras más menores acciones, vuestros más ligeros trabajos producirán en vosotros un eterno precio de gloria. Mas ¿qué medios se deberán tomar para perseverar en la gracia? Esto es lo que me resta explicaros.

2. Entre todos los medios que pueden conducirnos á la perseverancia, no encuentro otros más eficaces ni más fáciles de practicar,

que estos tres, á saber: la desconfianza de nosotros mismos, la frecuencia de sacramentos y la oracion. El primer medio, pues, que debo proponeros para que perseveréis en la gracia y en la paz del Señor, es que desconfiéis de vosotros mismos; quiero decir, que no os fieis de vuestras propias fuerzas; que os apartéis de las ocasiones de pecar, de las compañías peligrosas y de todo lo que pueda haceros recaer. Esta es la precaucion que tomaron los discipulos despues de la resurreccion del Salvador: temerosos del furor de los judios, se retiraron á un cuarto apartado del comercio de las gentes, y cerraron las puertas. Pedro, el más animoso de todos, se acuerda que á la voz de una criada habia renegado de su divino Maestro; más cuerdo despues de su caída, se encierra con los otros en el Cenáculo para no verse otra vez en la ocasion de negarle. En esto se nos dá á entender, que siendo nosotros aún más frágiles que eran entónces los apóstoles, debemos temer y desconfiar enteramente de nuestras fuerzas. La gracia que habeis recibido en los sacramentos, hermanos míos, es un precioso tesoro: mas ¡ay! que llevais este tesoro en unos vasos frágiles. El mundo y los enemigos de vuestra salvacion os lo quieren robar, y estais en peligro de perderlo en la primera ocasion. Estad, pues, en vela, velad sobre vosotros mismos; andad alerta, ocultad bien este tesoro, resguardadle con la práctica de las buenas obras y de las virtudes conformes á vuestro estado, y acordaos que por esto particularmente está escrito, que el vaso que no está cubierto, cerrado y ligado por el cuello, con facilidad se ensuciara y corromperá: *Vas quod non habuerit operculum, neque ligaturam desuper, erit immundum* (NUM. XIX, 15).

El segundo medio para perseverar en la gracia es la frecuencia de sacramentos. Nosotros somos débiles y frágiles: todos caemos, dice el apóstol Santiago (JAC. II, 2), en muchas faltas: *In multis offendimus omnes*. El verdadero medio de sostenernos es recurrir á los sacramentos que Jesucristo ha dejado en su Iglesia, como remedios necesarios á nuestras enfermedades. ¿Cómo conservareis en vosotros la vida de la gracia, si solo los recibís una ó dos veces al año, si solo os confesais por las Pascuas de Resurreccion y Navidad? Mas yo me hallo, me diréis, oprimido de negocios y ocupaciones, que no me permiten dedicarme con frecuencia á los ejercicios de piedad. Pero eso ¿será motivo suficiente para que os olvidéis de vuestra alma y desecheis los medios que el Señor os ofrece para vuestra santificacion? Dad á vuestros negocios el tiempo necesario; pero no os olvidéis del más importante, cual es el de vuestra salvacion. Para hacer os más sensible lo útil que os será la práctica que os aconsejo, per-

mitídmeme sirva de una comparacion familiar. Cuando en el invierno os habeis calentado bien, y estais bien vestidos y abrigados, no tenéis frio; pero si estais mucho tiempo sin acercaros al fuego, ¿sentiréis el mismo calor? No, sin duda: el frio se apoderará de vuestros miembros, y si no os calentais, llegareis á helaros. Aplicad esta comparacion al uso de los sacramentos. Vuestra alma ha recibido con ellos una nueva vida y un nuevo calor. Pero ¿cómo conservareis este calor y esta vida si no recurrís á los mismos medios que los han producido en vosotros, y si no os acercais á Jesucristo, que vino á la tierra á traer este fuego del cielo, con el cual desea se abrasen nuestros corazones? ¡Oh Filotea! decia S. Francisco de Sales á una alma devota (Istron. p. II, c. 20), ten presente que los cristianos que se condenaren, no tendrán que replicar cuando el justo juez los manifieste la poca razon que han tenido para dejarse morir espiritualmente, siéndoles tan fácil mantenerse en sana salud y en la vida del alma, comiendo su cuerpo, que les habia dejado para este fin. ¿Por qué os habeis dejado morir teniendo á vuestra disposicion el árbol y el fruto de la vida? Acercaos, pues, á los sacramentos, hermanos míos: ¿será pediros demasiado exhortaros á que os confeséis todos los meses? Por lo tocante á la comunión arreglada conformándoos con el consejo de vuestro director y por el fruto que sacareis de ella. Y veis ahí uno de los medios para perseverar en la gracia.

El tercero, con el cual concluiré, sin hacer más que tocarlo, consiste en dedicarse á la oracion. La perseverancia es el mayor de todos los donos, el sello de nuestra predestinacion y el término de una vida que nos lleva al eterno descanso. Este don de la perseverancia no depende de los méritos del libre albedrio, sino de solo Dios: es necesario pedirselo con instancia, porque Dios no concede la perseverancia sino á la oracion perseverante. Animo pues, amados hermanos míos, no desistais; adelantad cada día más y más en la práctica de la virtud. Caminad por las sentas de la justicia y de la piedad hasta el fin de vuestra vida, y hasta el día en que os presentéis delante de Dios, sin que vuestra carrera se interrumpa por el menor tropiezo. Justos, santificaos cada día más y más; no contéis precisamente con vuestras buenas obras pasadas. ¡Cuántos se encuentran que despues de haber llevado desde su infancia el yugo del Señor, y haber llegado á viejos con cierta especie de santidad, por un efecto de su orgullo ó de su relajacion, no tuvieron la gracia final, sin la cual nadie puede salvarse! Pecadores, no dilateis más la conversion; acordaos que Dios ordinariamente no concede la gracia de la perseverancia sino á aquellos que han tenido una vida santa, y así ya es tiempo de que os

deis al servicio de Dios entera y perfectamente. En fin, cada uno de vosotros procure ser fiel á la gracia. El que mira atrás, dice Jesucristo, después de haber echado la mano á la esteva, no es apto para el reino de Dios: *Nemo mittens manum suam ad aratrum, et respiciens retrò, aptus est regno Dei* (Luc. ix, 62). Advertid que el Salvador no dice que será privado del reino de Dios, sino que no es apto para ese reino. Es decir, que entre todos los hombres ninguno es más incapaz de ir al cielo que el que vuelve atrás, como le sucede al que tiene un corazón inconstante en los caminos de la salvación. Guardaos, pues, de esta ligereza: aseguraos en las buenas resoluciones que habeis formado de daros á Dios por toda vuestra vida, que de ese modo el mismo Dios será vuestra recompensa por toda la eternidad: así os lo desco.

PERSEVERANCIA.

(MOTIVOS Y MEDIOS DE)

II.

Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.
Pero quien perseverare hasta el fin, este se salvará.

(MATH. x, 27.)

Nuestra alma, como la infiel Jerusalem, ha sido muchas veces libertada del demonio, y otras tantas lo hemos llamado dentro de nosotros. Nos hemos arrepentido mil veces, y mil veces hemos reincidido. Hemos llorado nuestros placeres injustos, y un momento después nuevos placeres han enjugado nuestras lágrimas. Disgustados del mundo y de nosotros mismos, á menudo nos hemos vuelto al Señor, y al día siguiente, disgustados del Señor, el corazón que acabábamos de consagrarle, lo hemos lanzado otra vez al mundo que nos ofrecía nuevos encantos. Hasta aquí nuestras costumbres quizá han pasado por estas tristes alternativas de arrepentimiento y de pecados.

Salgamos de este estado, hermanos míos. Bastante tiempo hemos abusado de las gracias del Señor. Entremos al fin en la senda segura de la perseverancia. Dichoso yo si hoy pudiera fortaleceros, afirmaros y así preservaros de toda reincidencia. Pidámoslo por la intercesión de la Virgen. A. M.

1. Jesús encomienda la perseverancia en varias partes del Evangelio. A un paralítico por él curado, le dice: *Jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat* (JOAN v, 4). Vitupera al que habiendo comenzado á construir un edificio, no ha sabido acabarlo: *Hic homo cepit edificare, et non potuit consummare* (LUC. XIV, 30). Dice formalmente: «que quien pone la mano en el arado y mira atrás, no es apto para el reino de Dios (LUC. xi, 61).» Por último, indica la perseverancia como el medio más eficaz y la señal más cierta de la predestinación: *Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit* (MATH. x, 22).

Observo dos alianzas que Dios contrajo con el pueblo antiguo durante el antiguo Testamento. 1.º En la primera, reúne Moisés al pueblo para proponerle las condiciones con que Dios le recibía en su alianza. El pueblo declara que las acepta, y Moisés les declara de parte de Dios que, como ellos le habian elegido por soberano suyo, él les elegía por herencia suya: *Dominum elegisti hodie ut sis tibi Deus... et Dominus elegit te hodie ut sis ei populus* (DEUT. XXVI, 17, ET 18).

2.º El segundo tratado de alianza tuvo lugar después del cautiverio de Babilonia. Después de mencionar el primero y deplorar su infracción por sus padres, los judíos, vultos del cautiverio, y teniendo en medio de ellos á Esdras, exclamaron: *Super omnibus ergo his nos ipsi percutimus factus, et scribimus, et signant principes nostri, Levitæ nostræ et sacerdotes nostri* (II ESDR. ix, 58). ¿Qué vemos luego en la historia del pueblo de Dios? Vemos que después de violar el primer tratado, el Señor fué aún misericordioso con ellos; pero, habiendo contravenido al segundo, comenzó á despreciarles. Suprimió poco á poco sus mercedes, y no tuvieron ya milagros ni profecías.

Apliquemos esto á nuestro asunto y tratemos del nuevo Testamento con las figuras del antiguo. Sabed, pues, pecadores convertidos, que habeis contraído dos alianzas con Dios criador vuestro por mediación de su hijo Jesucristo: la primera, en el santo bautismo; y la segunda, en el sacramento de la penitencia. La alianza del santo bautismo es la primera y fundamental... y á pesar de que la habeis roto, Dios no os abandona. Ahora viene el segundo tratado, el pacto sagra-

do de la penitencia, que acude al auxilio de la fragilidad humana... Pero tambien por este segundo tratado contraereis obligaciones más estrechas con Dios, y si volveis á faltar á vuestra palabra, Dios se vengará, y os vereis en peor estado que ántes: *Fiunt novissima hominis illius pejora prioribus* (MATTH. XII, 43).

Para convenceros de la necesidad de la perseverancia, acordaos de este segundo tratado. Habiéis dado á Jesucristo por fianza de vuestra palabra; pues siendo el mediador, es tambien el depositario y la garantía de las palabras de ambas partes. Es garantía de la de Dios, por la cual promete perdonaros; y lo es de la vuestra, por la cual prometeis emendaros. Ese es el tratado que habéis hecho, y para mayor confirmación habéis tomado por testigo su Cuerpo y su Sangre que ha sellado la reconciliación de la santa mesa. Y obtenida semejante gracia, ¿anularéis un acto tan solemne? ¿Os arrepentireis de vuestra penitencia? ¿Dementiréis vuestras promesas? ¡Oh ingratitude! Seguid, seguid en adelante las vias de Dios con valor y firmeza.

1.º De ello tenemos la formal promesa de Jesús: *Qui perseveraverit...* Encarga á su amado apóstol que diga al obispo de Esmirna para que en seguida se repita á todos los cristianos: *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vite* (Aroc. II, 10). «Estad firmes, nos repite el santo apóstol de parte de su divino Maestro, en la doctrina que desde el principio habéis oído; si os manteneis en lo que oísteis al principio, tambien os mantendréis en el Hijo y en el Padre.» Es lo que nos asegura él mismo al prometernos la vida eterna... «En fin, hijos míos, permaneced en él, para que cuando venga, estemos confiados, y que al contrario, no nos hallemos confundidos por él en su venida (I JOANN. II, 24 ET 28).

2.º Tambien es verdad que, por otro motivo, la perseverancia en los ejercicios de una vida cristiana asegura la salvación, porque es principio de la perseverancia final. Cuando los teólogos hablan de la predestinación de los santos, nos la hacen concebir como una cadena misteriosa compuesta de muchos eslabones entrelazados unos con otros y sin interrupción. Por parte de Dios, dicen, esta cadena es una serie de medios, de socorros y gracias que Dios ha preparado para sostener á sus escogidos y hacerles alcanzar la corona de justicia que les está destinada. Así lo enseña S. Agustín. Pero por nuestra parte, esta cadena misteriosa es una serie de actos que se suceden unos á otros, y por donde merecemos esta corona, prestando cada día á Dios la obediencia que le es debida. Todos estos actos, añaden los doctores, son otras tantas partes de la perseverancia total que nos salva, y en esto son todos de igual naturaleza; pero hay uno, y es el

último, con el cual terminan los demás y que constituye la perseverancia final. Aunque este último acto, considerado en sí mismo, no tenga más perfección ni más mérito que los otros, sin embargo, por ser el último, corona todos los demás y consume nuestra felicidad. Del fin, pues, depende la suerte y el discernimiento de los hombres en la otra vida.

¿Y por dónde se llega á la perseverancia final, sino por la perseverancia cotidiana, por la perseverancia empezada, que es la de la vida? Pues sin principio no hay fin, y todo fin tiene una relación esencial con su principio. De aquí que para perseverar en la muerte, esto es, para tener la perseverancia final, debemos comenzar perseverando en la vida, toda vez que la perseverancia de la muerte es el término y la consumación de la perseverancia de la vida. Con razón, pues, hemos dicho, que la perseverancia en los ejercicios de una vida cristiana es la vía que nos lleva al reino eterno. La perseverancia final sabemos que es una gracia especial. Dios no nos la debe, pero la concede siempre á quien con la perseverancia de su conducta procura merecerla.

2. Los medios de perseverar son los siguientes: Debemos sentir vivamente nuestra flaqueza, acordarnos de nuestros extravíos, de nuestras efímeras convicciones, de nuestras reincidencias... tener siempre á la vista, como el Apóstol, nuestra pasada flaqueza.

Debemos huir de las ocasiones. Siempre estamos próximos á querer lo que no siempre hemos aborrecido, lo que no aborrecemos sino por fuerza y como á pesar nuestro. Apartad pues de vosotros las ocasiones en que habéis sucumbido, y permanecereis firmes en vuestros propósitos.

Es menester, en fin, obrar siempre para perseverar en el bien. Nuestra vida es una vida de acciones, esfuerzos, luchas, y no de especulación. Nunca es permitido descansar en el camino de la salvación eterna.

Véase: INCONSTANCIA.

PERSEVERANCIA.

(VENTAJAS DE LA)

III.

Ab initio mecum estis.
Desde el principio estais en mi compañía.

(JOANN. XV, 27.)

Almas cristianas, que habeis tenido el raro mérito de conservar la inocencia recibida en vuestro bautismo, ó la insigne felicidad de recobrarla en la penitencia; que habeis sido constantemente amigas de Dios, ó vuelto á serlo, á vosotros dirijo hoy mis palabras, no para ofreceros vanas felicitaciones por el inmenso bien que habeis sabido adquirir, sino para enseñaros á conservarlo, á aumentarlo, á emplearlo en la adquisicion de un bien mayor todavía.

Posesores del tesoro más precioso, tenéis contra vosotros un enemigo envidioso de vuestra felicidad, que trabaja sin cesar á fin de cautivaros. Para defenderos de sus ataques hay un medio, pero solo uno; medio necesario, seguro. Necesario, porque si no lo usais, perdeis precisamente solo por eso todos los bienes que habeis reunido; seguro, porque al emplearlo estais ciertos, no solo de conservar la fortuna de que disfrutais, sino de mejorarla.

Este medio es sencillo, y consiste en continuar como habeis comenzado; en seguir, á ejemplo de los apóstoles, á Jesús, desde el principio hasta el fin: *Ab initio mecum estis*; en no sacudir jamás vuestra preciosa inocencia, y en no apartaros mas de la senda de justicia en que tuvisteis la dicha de entrar, en perseverar hasta el fin. De las ventajas de la perseverancia voy á hablaros. Pidamos ántes la gracia necesaria: A. M.

1. Es una verdad de fé, que el justo que cesa de perseverar cesa de ser justo, y que todos los méritos atesorados en el curso de la vida más santa se desvanecen por un solo pecado mortal. Dios habia encargado á su Profeta que lo anunciase al mundo. Declárale, lo dice,

que si confiado en su justicia, un santo, el mismo que habria merecido que yo le revelase que hay en él la vida de la gracia, llega á cometer un pecado, todas sus acciones virtuosas serán olvidadas, y morirá en la iniquidad con que se ha machado: *Et non erunt in memoria justitia ejus quas fecit* (EZECH. III, 20). Maldito el que no persevera en la fiel observancia de todas las palabras de esta ley, habia dicho ántes Moisés, y todo el pueblo respondió adhiriéndose: *Maledictus qui non permanet in sermonibus legis hujus* (DEUTER. XXVII, 26).

Nuestro divino Legislador no se limita á recordar esta máxima, sino que aun la amplia, declarando que por el pecado, no solo degenera el hombre de su estado, sino que cae en un estado peor que nunca: *Fiunt novissima hominis illius pejora prioribus* (MATH. XII, 45).

El principe de sus apóstoles nos repite esta doctrina amenazadora: «Mejor les fuera (á esos hombres), dice, no haber conocido el camino de la justicia, que, despues de conocido, volver atrás y abandonar la ley santa que se les habia dado: cumpliéndose en ellos lo que suele significarse por aquel refran verdadero: Volvióse el perro á comer lo que vomitó; y la marrana lavada á revolcarse en el cieno (II PETR. II, 21 ET 22).»

«Vosotros habiais comenzado bien vuestra carrera, dice el grande Apóstol á los Galatas: ¿quién os ha estorbado de obedecer á la verdad (GAL. V, 7)?» Y nosotros lo repetimos despues de él á los que de las vias de la salvacion han pasado á las de la perdicion: ¿Cuánto habeis perdido al perder la gracia! ¿Qué de ejercicios de piedad, qué de obras de caridad, qué de actos de mortificacion, qué de sacrificios ofrecidos, qué de trabajos sufridos, qué de plegarias hechas, qué de sacramentos recibidos, qué de méritos de todo género habeis destruido con el pecado! ¿Insensatos! en un instante habeis disipado todas las riquezas espirituales que habiais atesorado en el curso de vuestra vida.

Que solo por falta de perseverancia haya perdido un cristiano la facultad de hacer algo para salvarse, eso es lo que debe penetrarnos de la mas amarga compasion. Pero tal es la ley del cielo: ya no hay mérito para quien no tiene ya el de la perseverancia. Seamos pues fieles á Dios, á fin de conservar intactos los tesoros de méritos que hemos adquirido hasta aquí con tanto trabajo, derramando tantos sudores y lágrimas.

Y sémoslo para que nuestra alma disfrute de paz y seguridad. Nada turba más al alma cristiana en esta vida que la incertidumbre de su salvacion, y medita temblando sobre aquellas palabras de la

Escritura: *Nescit homo, utrum amore an odio dignus sit* (Eccl., ix, 1). A fin de tranquilizarla y darle la calma necesaria para que trabaje con fruto por su salvacion, Dios la ha dejado una señal de predestinacion, y esta señal, la única en que ella puede confiar, es la *perseverancia*.

Que la perseverancia sea una prueba de predestinacion, se funda en tres cosas ciertas: 1.ª en la promesa de Dios; 2.ª en la conducta de Dios; 3.ª en la equidad de Dios.

1.ª PROMESA DE DIOS. *Qui perseveravit usque in finem, hic salvus erit* (MATH., x, 22).

2.ª CONDUCTA DE DIOS. Dios concede la perseverancia final á los que han perseverado constantemente en su servicio. Sé que no podemos merecer el don supremo de la perseverancia final, de un mérito perfecto, de un mérito de justicia, de un mérito que nos dé derecho á exigirla, ó si quereis que me exprese con la escuela, de un mérito de *condignidad*. Así lo han reconocido todos los Padres de la Iglesia. Pero, además de ese mérito hay otro, un mérito de conveniencia, un mérito de *congruidad*, dicen los teólogos, un mérito fundado en la misericordia y en la pura liberalidad de Dios: es decir, que viendo Dios al hombre ocupado por su parte en mantenerse en la gracia, y para ello violentarse, mortificar sus pasiones, resistir y luchar, se siente recíprocamente movido por tal constancia á dispensarle sus más singulares favores, y en particular el don de la perseverancia final, por ser la muestra de la mayor distincion y de la eleccion más especial que Dios puede hacer en el órden de la salvacion. Y yo pretendo que al entenderlo así, podemos merecer este excelente don.

Dios, en todo rigor, no nos debe este don; pero podemos decir que el mismo se lo debe, que lo debe á su veracidad, ya que en las Escrituras se comprometió á salvar á los que perseveran. El Señor, dice el Profeta con santa confianza, me dará segun mi justicia. Busead, nos dice el Eclesiástico, á quien ha permanecido firme en los preceptos del Señor, y á quien el Señor haya abandonado. Dios, pues, concede la perseverancia final á los que han tenido la perseverancia cotidiana. Tal es su conducta.

3.ª EQUIDAD DE DIOS. Dios nos ha asegurado que su justicia recompensará á los que perseveraren hasta el fin; *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitæ* (Apoc. ii, 10). Apoyada en esos tres motivos, el alma se mantiene en la seguridad y el sosiego con respecto á su salvacion. Digamos pues con verdad, que la perseverancia es para el alma cristiana una prenda de seguridad y de dicha.

2. Pero se nos opone una dificultad: se nos dice que la perseverancia es difícil, que sobrepuja las fuerzas. ¿Quién puede consumir su vida en la práctica no interrumpida de las privaciones, de las mortificaciones, de las penas de toda clase?

Decis que la perseverancia es difícil; pero considerad el bien infinito que os asegura, los males inmensos de que os preserva...

Decis que la perseverancia es difícil; pero ¿no os seria aún más difícil la conversion?

Decis que la perseverancia es difícil; pero ¿os lisonjeais de no hallar en las vias del vicio dificultad alguna, pena alguna?..

Decis que la perseverancia es difícil; no es difícil perseverar, sino comenzar...

Decis que la perseverancia es difícil. Alzad los ojos, y ved el auxilio que se os prepara arriba...

Decis que la perseverancia es difícil. ¿Y cómo lo sabeis, si para practicarla nunca habeis querido tomaros la menor molestia?

Toda obra es difícil, ¿y no habria de serlo la salvacion, que es la obra más importante? ¿Quereis que la perseverancia os sea fácil? Emplead en ella las dos cosas que la son esencialmente necesarias: la gracia de Dios y vuestra correspondencia. Para ello teneis dos medios tanto más infalibles, cuanto que Jesucristo mismo os los presta con reiterada insistencia: la *oracion* y la *vigilancia*.

DIVISIONES.

PERSEVERANCIA.—Nadie puede salvarse si no persevera en su creencia.

Nadie puede salvarse si no persevera en las buenas obras.

Nadie puede salvarse si no persevera en su vocacion.

PERSEVERANCIA.—Debemos pedir la perseverancia en el principio de nuestra conversion.

Debemos merecer la perseverancia por la exactitud de nuestra fidelidad.

Debemos temer el perder la gracia de la perseverancia cuando se entibia nuestra caridad.

PERSEVERANCIA.—La facilidad de recaer en el pecado es el mayor obstáculo de la perseverancia.

El hábito que se contrae de obrar el bien es la mejor disposicion para la perseverancia.

La gracia que Dios otorga á los escogidos abreviando su vida, les impide perder la gracia de la perseverancia.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Statuit super petram pedes meos: et direxit gressus meos. Psalm. XXXIX, 5.

Querite Dominum, et confirmamini: querite faciem ejus semper. Psalm. CIV, 4.

Super custodiam meam stabo, et figam gradum super munitiones. Habac. II, 1.

Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit. Matth. X, 22.

Vos estis qui permansistis mecum in tentationibus meis. Luc. XXII, 28.

Donum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi: in reliquo reposita est mihi corona justitie. II Tim. IV, 7, 8.

Participes enim Christi effecti sumus: si tamen initium substantiarum ejus usque ad finem finium retineamus. Hebr. III, 14.

Qui vicerit, faciam illum columnam in templo Dei mei, et foras non egressietur amplius: et scribam super eum nomen Dei mei. Apoc. III, 12.

Asentó mis piés sobre piedra, dando firmeza á mis pasos.

Buscad al Señor, y permaneced firmes: buscad incesantemente su rostro.

Yo estaré alerta haciendo mi centinela, y estaré firme sobre el muro.

Pero quien perseverare hasta el fin, este se salvará.

Vosotros sois los que constantemente habeis perseverado conmigo en mis tribalaciones.

Combatido he con valor, he concluido la carrera, he guardado la fé: nada me resta sino aguardar la corona de justicia.

Puesto que venimos á ser participantes de Cristo; con tal que conservemos inviolablemente hasta el fin el principio del nuevo ser suyo que ha puesto en nosotros.

Al que venciere, yo le haré columna en el templo de mi Dios, de donde no saldrá jamás fuera: y escribiré sobre él el nombre de mi Dios.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

El primer modelo de perseverancia que nos presentan los sagrados Libros es el patriarca Noé, en quien los santos Padres reconocen esta

virtud de dos maneras: primera en la virtud y justicia; segunda en la constancia con que prosiguió y concluyó el arca, á pesar de los dictérios y burlas de los hombres descreídos de su tiempo.

El castigo de la mujer de Lot tuvo por origen su inconstancia, y el poco aprecio que hizo del aviso del ángel: *respiensque uxor ejus post se, versa est in statuum salis* (Gen. XIX); sobre lo cual dice S. Agustín (IN PSALM. LXXVI); *in via posita retrorsum respexit, ibi remansit, facta est statua salis, ut illius contemplatione condiantur homines, ne retro respiciant.*

Después que Moisés hubo escrito la ley del Señor en un volumen, á fin de excitar al pueblo á la perseverancia en el cumplimiento de la misma, mandó á los levitas que colocaran dicho volumen al lado del arca del Señor: *Tollite librum istum, et ponite eum in latere arce federis Domini Dei nostri, ut sit contra te in testimonium* (DEUT. XXXI).

Admiremos é imitemos la perseverancia de Job, el cual burlado y reconvenido injustamente por su mujer, contesta: *Quasi una de stultis mulieribus loquuta es. Si bona suscepimus de manu Dei, mala quare nos suscipiamus? Vivit Dominus... quia donec superest halitus in me... non loquentur labia mea iniquitatem, nec lingua mea meditabitur mendacium* (n—27).

De mucha edificación puede también servirnos la perseverancia de David en la oracion. S. Gregorio dice, hablando de este profeta: *David non ait: clamo, sed clamavi de profundis; dans in hoc perseverantia documentum, ut si primo non exaudiris, ab oratione non desicias: imo precibus et clamore insistas* (S. Greg. in 6 Psalm. penitent).

Tobías sufrió con resignacion las pruebas con que quiso Dios acrisolar su alma, y perseveró constantemente en el bien hasta la muerte.

Léase en el libro segundo de Esdras, VI, la constancia con que el piadoso Nehemias llevó á cabo la reconstruccion del templo, de la ciudad, de sus murallas y de su pueblo, á pesar de los enemigos que le rodeaban y de las intrigas que contra él se urdian. Es uno de los más acabados y admirables modelos de perseverancia que nos presentan los Libros santos.

La perseverancia, en fin, obtiene para la Cananea la salud de su hija (Matth. xv); obra un milagro para saciar á aquellas turbas que no querian apartarse del Salvador (Idem. ibid.); eleva unos pobres pescadores á la más sublime dignidad (Idem. XIX, 27), diciendo á este propósito S. Jerónimo: *Non quarentur in christianis initia, sed finis et perseverantia. Paulus male cepit, sed bene finivit: Ju-*

de laudantur exordia, sed finis prodicione damnatur (Lib. 4 contr. Jovin.): á S. Pablo le mereció la corona: *Quis fortior Paulus? Quis beator? Ille tamen vas electionis dominice non ante sibi coronam vindicavit, quam certamen omne consummaretur, ideoque ait: bonum certamen certavi* (S. Ambr. Exhort. at Virg.).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Non est magnum inchoare quod bonum est, sed consummare, hoc solum perfectum est. S. Aug. Serm. 80 ad Fratres.

Salus perseverantibus promittitur, premium perseverantibus datur: Beati qui custodiunt iudicium, et faciunt justitiam in omni tempore. *Non enim est beatus qui bonum fecit, sed qui bonum incessabiliter facit.* San Isidor. Hisp. lib. 1 Synod.

Bonam vitam ego puto, mala pati, et bona facere, et sic perseverare usque ad mortem. San Bern. Serm. in vigil. SS. Petr. et Paul.

Perseverantia impetrat quod vult... Si enim homo perseveranter petenti dat ex tædio, multo magis Deus qui sine tædio largissime donat quod petit, perseveranter petenti donat ex amicitia. S. Laur. Just. de ling. vitæ, cap. 2.

Multi sequuntur Jesum usque ad fractionem panis, sed pauci usque ad bibendum calicem passionis. Imit. Christi, lib. 2, cap. 11.

No es gran cosa comenzar bien; mas lo perfecto consiste en acabar bien.

Prométese la gracia á los que perseveran, mas el premio se dá á los que han perseverado: *Bienaventurados los que observan la ley, y practican en todo tiempo la virtud.* Así que no es dichoso el que practicó el bien, sino el que lo practica hasta el fin.

Yo llamo buena vida la del que sufre el mal y practica el bien, con tal que así perseveré hasta la muerte.

La perseverancia lo obtiene todo... Si el hombre dá al que le pide de continuo para librarse de su importunidad, mucho más fácilmente dará Dios sus gracias al que pide con perseverancia por amistad, no por cansado de nuestros ruegos, pues es generoso en sus dones.

Muchos siguen á Jesús hasta la distribución del pan ó de sus gracias, pero muy pocos son los que quieren beber con el cáliz de su Pasión.

PIEDAD.

Approxavit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus, ut pie vivamus in hoc sæculo.

La gracia del Dios Salvador nuestro ha iluminado á todos los hombres para que vivamos piadosamente en este siglo.

(Tir. II, 11 y 12.)

La piedad cristiana es una virtud que proviene de nuestras relaciones con Dios: Dios es á la vez el principio y el objeto de la piedad; por consiguiente, la piedad es un deber, y este deber consiste en volver á Dios lo que le pertenece, en darle lo que le es debido. Un filósofo antiguo ha dicho: «La piedad no es otra cosa que la justicia para con los dioses.» Es decir, que así como tenemos obligaciones para con los hombres, y á medida que nos dan, debemos corresponderles, del mismo modo tenemos obligaciones para con Dios de quien tanto hemos recibido, y el cual nos ha colmado de tantos beneficios. Es piadoso, pues, quien dá á Dios lo que le pertenece; y por el contrario, no lo es el que desprecia este deber, ni se inquieta en manera alguna de lo que Dios le ha dado, y de lo que debe volverle en correspondencia. Ya veis pues, como contrariamente á las máximas del mundo, la piedad no es de ningún modo un lujo de moral, una especie de benevolencia y de virtud de que uno puede privarse sin pecar, que uno puede menospreciar sin grave omisión. Siendo la piedad una justicia para con Dios, es evidente que el que no cumple ningún deber de piedad, es injusto para con Dios, su principio, su padre, su bienhechor, el que le ha hecho lo que es, el que le conserva todos los instantes, y sin el cual no podría subsistir. Siempre y en todas partes la justicia es la base de toda virtud: no hay virtud, por sublime que sea, sin la justicia que le sirve de fundamento; y, ántes de usar de la perfección, debe comenzarse por lo que es necesario y realizar lo que es rigurosamente equitativo; luego la piedad no es otra cosa que justicia.

¿De qué modo llenaremos este deber para con Dios, ó como podemos dar á Dios lo que le pertenece? De dos maneras: primero, tri-

butándole homenajes, porque es nuestro soberano y Señor, puesto que él nos ha criado; y es nuestro criador; y luego, ya que este solo homenaje no le basta, cumpliendo su ley, observando sus preceptos y realizando en todo su palabra. Así, en primer lugar, debemos post-trarnos ante su divina presencia, reconociéndole como nuestro superior y como nuestro padre, reconociéndole como nuestro principio, nuestro todo, pues que es nuestro principio al mismo tiempo que nuestro término; y en segundo lugar, no debemos contentarnos con esta manifestación de respeto, de veneración, de adoración, ni ser solamente, como dice el Apóstol: «oyentes de la ley: *Estote autem factores verbi, et non auditores tantum.*» A nuestra adoración, es preciso unir la práctica de los mandamientos de Dios y la observación de su palabra. Esto es lo que voy á demostraros. Ayudadme á implorar los auxilios de la gracia. A. M.

1. El homenaje que debemos á Dios, se traduce por lo que se llama culto. Así, el culto interior ó exterior es una parte necesaria, esencial de la piedad. Mas, ¿cuál es ahora el culto con que debemos honrar á Dios? ¿De qué manera, bajo qué forma, por medio de qué ceremonias, por qué prácticas debemos honrarlo? ¿Qué día? ¿En qué época? ¿Por cuánto tiempo? ¿Qué debemos decir? ¿Qué debemos practicar? ¡Oh! qué de cuestiones se agolpan! ¿y cómo resolverlas? Aquí es, hermanos míos, donde se manifiesta el don de piedad, el espíritu de piedad que Dios ha puesto en nosotros por medio de sus sacramentos y que éstos deben desenvolver. Ese espíritu de piedad que debe ser cultivado, se apoya necesariamente sobre la ciencia, como la ciencia se apoya sobre la fe, como la fe se apoya sobre la palabra anunciada, y por consiguiente, sobre el Evangelio, que no es otra cosa que el anuncio de la buena nueva.

Es preciso pues, para que sepamos bien como podemos y debemos honrar á Dios, de un lado, cuál es el culto que debemos tributarle, y que se nos comunique la ciencia de este mismo culto; y como el culto tiene por objeto verdades sobrenaturales, es preciso que el mismo Dios venga á decirnos y nos diga expresamente cuál es el culto que le es más agradable, cuáles son las ceremonias que deben emplearse, cuáles son las prácticas que debemos cumplir. Solo con esta condición podremos fijarnos sobre el objeto de nuestro culto, sobre la manera como debemos tributarlo, sobre el método que debemos seguir. Así, por poco que aceptémos la palabra de Dios y practiquemos lo que la misma nos imponga, con sinceridad, con toda nuestra alma, con todo el calor de nuestro corazón, en una palabra, con espíritu de

verdadera piedad, de piedad cristiana, es preciso, como veis, que Dios nos haya puesto en el corazón como una alma nueva, como un don particular, que nos haga capaces de cumplir lo que él exige de nosotros para que sea honrado como quiere. Véase donde se encuentra la necesidad, ó al menos la utilidad de la piedad. Yo supongo que para saber el culto que debemos tributar á Dios, nos veamos reducidos á nuestra propia razón, á una ciencia puramente humana; ¿qué sucederá? La razón humana inventará toda suerte de cultos. Si consultamos los pueblos más instruidos y los más civilizados del paganismo, si los consideramos en la práctica de sus religiones, en la práctica del politeísmo; si, por otra parte, observamos las poblaciones salvajes, en todas partes en fin donde hay un culto, en todas partes donde hay una religion, encontraremos, hermanos míos, las prácticas más monstruosas, las más extravagantes, las más singulares, las más terribles, las más crueles, las más espantosas, las más ridiculas ó las más contradictorias; y todo esto se emplea para honrar á Dios! Y vemos que cada pueblo, sea de salvajes, sea de civilizados, sea de bárbaros, afirma que él solo posee la mejor religion, la única manera de honrar á Dios! ¡Ah! ¿quién decidirá, quién determinará cuál es el que tiene ó no razón? ¿Por quien nos resolveremos en medio de estas contradicciones, de estas oposiciones, de estas extravagancias de religiones diversas y de cultos puramente humanos? Si despues de esto volvemos nuestra vista á los sábios del mundo, si preguntamos á las escuelas de los filósofos antiguos ó modernos, encontramos otra cosa. Se nos dice que no es necesario otro culto, otro homenaje que el del pensamiento, que el de la voluntad; y no tendríamos que ir muy lejos para encontrar sábios modernos que se imaginan ser piadosos, porque hablan alguna vez de Dios. Otros creen ser piadosos porque son sensibles á los encantos de la naturaleza, al grande espectáculo que presenta; entónces se forman religiones singulares, piedades á su capricho, cultos á su manera, religiones románticas. Se vá sobre la encumbrada cima de una montaña para contemplar desde allí el horizonte y ver á Dios en la inmensidad y sobre todo en las nubes; se vá al borde del mar para oír el murmullo de las olas y escuchar los acentos, los quejumbrosos sonidos de esa grande alma del mundo que se agita en medio de la masa húmeda; se vá á las selvas, á lo más espeso de los montes, y allí se escuchan ecos vagos y misteriosos; y porque se experimenta alguna emoción, porque la imaginación está más ó menos excitada, porque se siente cierta impresión, se imagina uno ser religioso, se imagina tener altas aspiraciones, sentimientos elevados! En aquellos momentos en

que uno se exalta á sí mismo, se cree un héroe de virtud, y qué sería capaz de los mayores sacrificios, de los más grandes esfuerzos entónces por el bien. ¡Oh! no, hermanos míos, esa son ilusiones de la imaginación, esa es una especie de fantasmagoría que se combina con una especie de misticismo, de iluminismo, un poco de racionalismo y mucha imaginación, y detrás de todo esto mucha sensibilidad ó mejor dicho, sensualidad. En definitiva, todas estas pretendidas religiones se reducen á algunas impresiones pasajeras, á algunas impresiones fugaces, á algunos cuadros de historia que brillan un momento y que se descoloran muy pronto, y se acaba por caer en la aridez de la vida real, encontrándose con toda su debilidad, la mezquindad de su razón, la miseria de su imaginación, la impotencia de sus sentidos, y se encuentra incapaz de todo bien y de toda virtud. ¿Por qué? es que uno está reducido á sí mismo, es que todo esto es un producto de nuestra propia razón, de nuestra imaginación, de la ciencia humana, y no una inspiración de lo alto, un socorro de Dios, que por su íntima comunicación nos invade de su luz, nos penetra de su gracia, dándonos así, no solamente sentimientos ó sensaciones del momento, sino también verdaderos y profundos deseos de hacer el bien y la fuerza para realizarlo.

Pues bien; si consulto todas las filosofías, encuentro que se hacen piadosas de una manera muy gratuita y muy sencilla. No hacer nada por Dios, no ocuparse siquiera de él, no rogarle jamás, no tributarle ningún culto, ningún homenaje, no inquietarse de los deberes que tenemos para con él, y solamente no ser opuesto á las cosas religiosas, respetarlas y tolerarlas en otro, hablar algunas veces de ellas, como de paso, en medio de los círculos del mundo, y aún en el seno de las academias; pronunciar algunas palabras en favor de Dios, tener este valor, llegar hasta pronunciar el nombre Providencia: ved á lo que se llama piedad, ved á lo que se llama religión, y ved en fin á lo que uno se halla reducido, siempre que no tiene otras lecciones para saber lo que debe hacer que las de su propia razón, las de la razón humana. Es preciso, por consiguiente, como veis, que el mismo Dios nos lo revele; y esta es la razón por que tenemos la revelación desde el principio del mundo: la revelación se perpetúa, y la revelación es la fuente y origen de esa ciencia divina que os he manifestado. De esa revelación sacamos todas las instrucciones necesarias para saber cuál es el mejor modo de honrar á Dios, cuál es el culto que puede serle más agradable, y lo que debemos practicar para profesar la verdadera religión.

Dios, pues, nos lo ha enseñado y todos los días nos lo está enseñan-

do por medio de un gran profesorado que estableció en el mundo para la enseñanza de las cosas divinas, de las cosas de la eternidad, es decir, por medio de la Iglesia; y al mismo tiempo que nos dice lo que debemos practicar, nos pone en el corazón los medios de practicarlo, y nos dispensa los dones sobrenaturales de su espíritu que nos hacen capaces de comprender, no solamente lo que nos recomienda, sus preceptos, sino también de cumplirlos. Así la Iglesia os dice: «Para ser piadosos, debeis tributar á Dios vuestros homenajes: tributar vuestros homenajes á Dios, es practicar el culto. Ahora bien; ¿cuáles son las cosas más esenciales al culto? Tres, y en tanto no las cumplais, no seréis realmente cristianos, cristianos de hecho y no de nombre como hay muchos en el mundo.» La Iglesia os dice en primer lugar: «Para tributar homenajes á Dios es preciso que oreis: orar es entrar en relaciones con él por el fondo de vuestro corazón, por todas vuestras facultades, por vuestras mismas palabras, que son la expresión de lo que tenéis en el corazón. Mas ¿de qué modo debemos orar? El mismo Dios nos lo dice, y nos pone en la boca las palabras que debemos pronunciar. Jesucristo dijo á sus apóstoles: «No hay necesidad de hacer oraciones largas, sino cuando querais orar, recogeros, entrad en vosotros mismos y colocaos en presencia de Dios vuestro Padre.» Dichas estas palabras, he enseñado la oración, por excelencia, la oración dominical, que contiene todo lo que podemos pedir á Dios, y al mismo tiempo todos los homenajes que debemos tributarle. La oración dominical se divide en dos partes: en la primera tributamos homenaje á Dios de todas maneras; en la segunda le pedimos todo aquello de que tenemos necesidad. Pues bien, hijos míos, decía Jesucristo: cuando oreis hablad así, recitad estas palabras. Mas ¿de qué modo las recitaremos! ¡Ah! las más de las veces las pronunciamos como los paganos, sin inteligencia, sin conocimiento, sin prestar atención, por hábito, por rutina. ¿Creeis por ventura que sea esto el santo espíritu de piedad? No! Veis, pues, que independientemente de las palabras que se nos han enseñado, es preciso también que un don enteramente particular nos sea puesto en el corazón, que nos sea dada una gracia, para que pronunciamos estas palabras como deben pronunciarse. Hay una distancia inmensa entre una oración bien hecha y una oración mal hecha: el abismo entre el cielo y la tierra. Las palabras que salen verdaderamente de vuestro corazón, que son la expresión de él, semejantes á un fuego ligero, tienden á subir; van hasta el trono mismo de Dios con el calor de vuestra alma, y allí son recibidas, como dice el Apocalipsis, en incensarios de oro, que los ángeles, colocados continuamente ante el trono del Corcelero, tienen

en sus manos; y el universo se llena del delicioso perfume que exhala esas fervientes oraciones. Una oración sin espíritu, una oración rezada sin atención, no es otra cosa que una letra muerta: la letra mata, el espíritu solo vivifica. Es preciso, por consiguiente, que tengáis la fe en el corazón. ¿Y quién sino Dios os dará esta fe divina? El os la ha dado por el bautismo, él os la ha dado por el sacramento de la Confirmación, él os la ha dado confiriéndoos el don de piedad, que os hace, no efectivamente piadosos en el momento mismo, sino que os hace capaces de serlo, de obrar de un modo agradable á Dios, de amarlo sobre todas las cosas y entregaros enteramente á él. Ya veis como hay muchas maneras de ser uno piadoso en el cristianismo, segun que este fondo permanezca estéril como un gérmen sofocado que no tiene luz, ni sol, ni riego, ó que semejante al gérmen vivificado que ha recibido la luz, el calor y el riego, se desarrolla y crece en vuestros corazones.

Dios nos ha revelado que hay un día que le está particularmente consagrado: este es el séptimo día. La Escritura nos enseña, que Dios descansó de sus obras despues de haber creado el mundo, y que á ejemplo del divino Criador, nosotros tambien debemos descansar de nuestras obras materiales, de nuestras obras mecánicas, de nuestras obras terrenales. Dios quiere que en ese dia eleveis particularmente vuestras almas hácia él. Ese dia le está consagrado: de modo, que no solamente debereis cesar en vuestro trabajo manual, sino tambien, dando á vuestro cuerpo el reposo y descanso que le es necesario, os entregareis á la comunicacion de una vida más elevada que Dios dá por los Sacramentos de su Iglesia y por todas las ceremonias que en ella tienen lugar, por todos los medios divinos y humanos que el cielo emplea para comunicarse con la tierra. Ved la razon porque Dios quiere que santifiqueis el domingo, no que lo paseis en la ociosidad, y por consiguiente en todos los desórdenes á que la ociosidad arrastra, sino que lo paseis en un estado de descanso material y de descanso espiritual, es decir, que descanséis de nuevo en él, y que en este dia solemne comencéis ya á conocer los secretos de la vida de la eternidad en donde no vivireis más que de él, en donde vuestra alma unida á Dios participará de su gloria y de su felicidad.

Os poneis en comunicacion con Dios, si estais bastante puros para esto, por medio de lo que hay en él de más íntimo, de más profundo, por su carne adorable que recibís en vuestro cuerpo, y por su sangre divina que absorbéis. Ved la tercera condicion de la piedad. ¿Comprendéis el sentido de esta comunión: *Cum union*, con Dios, union íntima, union sustancial? No es solamente en la oración, no es sola-

mente por la virtud, no es solamente por sus gracias por lo que os poneis en comunicacion con Dios, sino que es tambien por una union sustancial. Es el mismo Dios el que viene á vosotros; y esa vida nueva que habeis recibido, esa vida divina necesita sangre para desarrollarse, y por eso se os ha concedido la sangre de Dios; es la carne misma de Dios, el cuerpo de que está revestido, que viene á asimilarse con vuestro cuerpo, para que ya en la tierra comencéis á vivir de la vida de Dios y participéis de su felicidad y de su virtud. Ved en lo que consiste la comunión; ved tambien la razon porque la Iglesia os recomienda que vengáis á sentaros en la Mesa santa, al ménos una vez al año, que os sumerjais una vez al año en este océano de vida, que tomeis este alimento sagrado, que os unais, no solamente á Dios, sino tambien á la sangre de Jesucristo que anima su cuerpo espiritual, su cuerpo místico, que es la Iglesia, de la que os habeis hecho miembro por medio del bautismo. Bien sabeis, cuando en un cuerpo material y vivo, la sangre que emana del corazón no vá á las extremidades, cuando hay en él un solo órgano que cesa de ser alimentado, bien sabeis que este órgano va á morir; pues bien, la Iglesia es un grande cuerpo, el cuerpo místico de Jesucristo, su cuerpo eterno; vosotros sois los miembros, vosotros sois los órganos; Jesucristo es el corazón, y su sangre que se forma en este corazón divino, se extiende por todas las partes del organismo. Si por desgracia hay en él algun órgano que no es alimentado, fortalecido, este órgano se seca, no recibe la vida: ¡muere! Ved la razon porque la Iglesia quiere que, al ménos una vez al año, vayáis á recibir la sangre de Jesucristo, á fin de que seais vivificados, recreados, reinstalados en el gremio de la Iglesia, y como replantados sobre ese tronco eterno, que es el tronco del árbol de la vida. Cuando así no lo haceis, os separais de Dios, os privais de la vida. ¿Qué sucede, pues, á vuestra alma cuando no participa de la sangre de Jesucristo? Se separa de sí misma, ¡ah! ¡y se excomulga por su propio hecho, cesais de ser cristianos!

2. Ved lo que la Iglesia os enseña para que seais verdaderamente piadosos como debe serlo todo cristiano. Hay muchos católicos que no tienen la verdadera piedad; los hay que oran aún con fervor, y que santifican el domingo; pero que no comulgan, que se retiran del sagrado banquete. ¿Y por qué?... ¡Ah! ¿Por qué?... Porque para acercarse á Jesucristo es preciso ser puro, y ellos no quieren serlo! ¿Por qué? Porque para saciarse de la sangre de Jesucristo, es preciso estar vacio de las cosas humanas, y no quieren saciarse; se aman las cosas del mundo y uno quiere gozar de lo que posee. Se quiere gozar de Dios, y se quiere gozar del mundo; se quiere servir á dos

señores; en este caso no se sirve verdaderamente á ninguno, se desprecia á los dos. El mundo dice que sois devoto, y la Iglesia no os reconoce ni aún por cristiano.

Acordaos pues, de esta verdad: no tenéis verdaderamente piedad, sino en tanto que tributáis á Dios el culto que se le debe, tal como Dios lo enseñó y la Iglesia lo practica. Así pues, á la oracion, unid la santificacion del domingo; á la santificacion del domingo, unid la comunión, al ménos una vez al año; y para acercaros al que es la pureza misma, purificad vuestro corazon. ¿Cómo quereis que el espíritu de piedad resida en un corazon impuro ó poseído de pasiones puramente mundanas, ó agitado por las cosas perecederas de aquí bajo y los placeres prohibidos, ó cuando ménos sospechosos? ¿Y qué es pues lo que os retiene por tanto tiempo? ¿Tan penoso es purificar su alma? Por el contrario, es mucho más sensible, es mucho más penoso llevar en su corazon, en su conciencia, una carga largo tiempo acumulada, y que cada día se hace más pesada. ¡Oh! satisfaced pues la necesidad de vuestras almas; desechad ese miserable temor que os inspira el respeto humano, y, sobre todo, pasad por encima de esos pensamientos más ó ménos secretos, profundos y multiplicados que os atan, que os sujetan á viciosos hábitos que no tendríais atrevimiento para confesar en presencia de los hombres, ni con mucha más razon en presencia de Dios. En eso consiste todo el mal. Es que uno está enfermo y no quiere curarse: se ama el mal, se le acaricia, se le alimenta, es una serpiente que se tiene en el fondo del corazon, y á la cual se le dá voluntariamente de comer; ¡ah! y lo que se le dá, es su alma, su vida y algunas veces su eternidad!

Mas todo esto, hermanos míos, no basta: para ser piadoso, segun el Espíritu Santo lo enseña y lo quiere, hemos de tributar el culto como la Iglesia exige. Cristianos que me escucháis, que sois los observadores fieles de las prácticas de la Iglesia, que orais, que santificáis el domingo, que os confesáis y comulgáis; todo esto es bueno! ¡muy bueno! vais á la fuente de la vida y sacáis de ella preciosos y abundantes tesoros. Mas pensado bien; todo esto no basta para agradar á Dios: Dios no quiere solamente que se le ruegue, que se le honre, que se le tributen homenajes y que se le dirijan oraciones; quiere tambien que se ejecute su ley y que se cumplan sus mandamientos. La ley, hermanos míos, comprende dos partes: el precepto y el consejo. Así pues, para ser verdaderamente piadoso, como dice el texto que os he citado, no basta observar la ley, es preciso tambien realizarla y practicarla; es preciso entrar francamente, por su conducta de todos los días, en la práctica de los mandamientos de Dios,

aplicarlos y observarlos hasta en sus últimas prescripciones. No hay un ápice de la ley, de la palabra sagrada, que no encuentre un día su cumplimiento: «El cielo y la tierra pasarán, y mi palabra no pasará» La verdadera piedad se reconoce en el cumplimiento de todos los deberes que imponen todas las condiciones y todas las circunstancias, pues para cumplir sus deberes es preciso imponerse sacrificios, es preciso combatirse á sí mismo, es preciso luchar contra sus pasiones, contra sus inclinaciones más vivas, contra sus insíntos más ardientes; entónces es cuando se manifiesta en la conducta esa fuerza que vá á tomarse en el sagrado banquete. Pero ¡ah! si recibiendo tantos beneficios no los aplicamos, si no nos aprovechamos de ellos para la práctica de nuestra vida, llegamos á ser un motivo de escándalo para los hombres mundanos que no comprenden como no somos mejores con tantos socorros como tenemos para serlo! El medio más eficaz para convertirlos, no es tanto predicarles el bien, como darles ejemplo.

Sed cristianos de veras; que la palabra de Dios brille, no solamente en vuestros discursos, sino tambien en toda vuestra persona; sed la ley de Dios encarnada, realizada. Seamos sinceros, puros, rectos y honrados; no pactemos jamás con la iniquidad; desechemos valerosamente todo aquello que no tenga más que semejanzas con la moral; estemos dispuestos á cumplir todos los sacrificios para salvar nuestra conciencia y sostener la ley de Dios: esta es la verdadera piedad. Mas si Dios os concede la gracia de ir más lejos; si os permito cumplir la ley no solamente en su precepto, sino tambien en su palabra de consejo; si, despues de haber observado la ley en todas sus partes, y cumplido todos los mandamientos, quereis todavía haceros más perfectos; ¡oh! entónces encontrareis en las palabras de Jesucristo con que satisfacer vuestro noble ardor y sostener vuestro sublime y esforzado valor; Jesucristo vendrá á vosotros con todas sus gracias, y os concederá esa virtud, esa santa virtud de caridad que es la perfección de la ley; y entónces, como el mismo Jesucristo nos enseñó, y la Iglesia nos lo dice, nos amaremos los unos á los otros como él mismo nos amó: pues llegó hasta el punto de dar su vida por rescatarnos. «Solo ama bien, dice, quien dá su vida por la persona á quien ama.» Ved el complemento de la piedad; ved en donde ella es coronada, en donde se manifiesta con todo el brillo de su gloria.

¡Oh hermanos míos! por ese Verbo divino que habeis recibido, por esa semilla del cielo que ha sido implantada en vosotros por el bautismo y desarrollada por el sacramento de la Confirmacion, os conjun-

ro, os suplico que no deis languidecer, que no deis secar, que no deis morir la piedad. Es la semilla del cielo que, como la semilla de la tierra, necesita riego, necesita agua saludable, luz que la caliente y aire puro que la vivifique. Cultivad, pues, preciosamente el divino gérmen que habeis recibido por la oracion y por la meditacion de la palabra de Dios, por la santificacion del domingo, por el cumplimiento de todas las prácticas que la Iglesia os impone, y sobre todo, por la purificacion de vuestra alma. ¡Oh! esto es, cristianos, lo que quita las malas yerbas, lo que arranca las espinas. Vosotros, hermanos míos, sabeis que el buen grano cae algunas veces en medio de la maleza, en medio de las zarzas, y entónces las zarzas crecen alrededor de él, sustraen su jugo, y bien pronto este buen grano se deseca y muere. Así pues, hermanos míos, quitad de vuestros corazones todas las espinas, toda la maleza; limpiad el terreno, puesto que ya sabeis la manera como debéis hacerlo. La semilla del cielo necesita ser abonada con el abono del cielo, y el abono del cielo es la sangre de Jesucristo, es un cuerpo adorable. En fin, hermanos míos, para completar este cultivo, es preciso observar la ley de Dios hasta en sus preceptos mas minuciosos, y sobre todo, ejercer la santa caridad de la que Jesucristo nos dió el ejemplo. Ved, cristianos, lo que es el espíritu de piedad, cuyo gérmen lleváis en vosotros mismos el cual no os ha hecho piosos tan pronto como lo habeis recibido, sinó que os ha hecho capaces de serlo como Dios quiere que lo seais. Ved tambien los medios por los cuales podeis cultivarlo, desarrollarlo en vosotros para vuestra felicidad en este mundo y para vuestra gloria en el otro. Así sea.

DIVISIONES.

PIEDAD.—El espíritu de piedad es el que consagra las acciones del cristiano.

La verdadera piedad consiste en estar penetrado de las verdades de nuestra religion.

Nuestro acrecentamiento en la gracia es el acrecentamiento de nuestra piedad.

PIEDAD.—Exige que tomemos á pechos todo cuanto se refiere á la gloria de Dios.

Exige que tomemos á pechos todo cuanto se refiere á la salvacion del prójimo.

Exige que tomemos á pechos todo cuanto se refiere á nuestra propia santificacion.

FALSA PIEDAD; véase : DEVOCION VERDADERA Y FALSA.

PLACERES.

(AMOR Á LOS)

Homo quidam habuit duos filios, et dixit adolescentiori ex illis patri: da mihi partem substantiæ quæ me continet.

Un hombre tenía dos hijos, y el más mozo de los dos dijo á su padre: padre, dame la parte de la herencia que me toca.

(Luc. xv, 11.)

Despues de nuestra antigua desobediencia, parece que Dios ha querido retirar del mundo toda la alegría verdadera que habia esparcido en él durante la inocencia de los primeros años; de tal modo: que lo que halaga ahora nuestros sentidos no es sinó una diversion peligrosa, y una ilusion poco duradera. El Sábio lo comprendió perfectamente, cuando dijo estas palabras: *Risus dolore miscbitur, et extrema gaudii luctus occupat* (Prov. xi, 15). «Las risas estarán mezcladas de amargura, y las alegrías concluirán por lamentos.» El hablar así de los placeres, es conocer el mundo; y aquel gran hombre ha notado bien, primero, que esos placeres no son puros, puesto que están mezclados de dolores; y segundo, que pasan demasiado pronto, puesto que les sigue tan de cerca la tristeza. Con efecto, es indudable que no gozamos en este mundo de una alegría pura y sin mezcla. La felicidad de los hombres del mundo está compuesta de tantas partes, que siempre falta alguna; y el dolor tiene demasiado imperio en la vida humana para dejarnos gozar por largo tiempo de reposo. Hé aquí lo que nos enseña la parábola del Hijo pródigo. Este, para dar un curso más libre á sus pasiones, renuncia á las comodidades y dulzuras de la casa paterna, y compra á tan alto precio su des-

graciada libertad. Al placer de gozar de sus bienes, se sigue su completa disipacion. Sus excesos, sus desarreglos, la vida voluptuosa que abraza, le reducen á la servidumbre, al hambre y á la desesperacion. Por eso veis, cristianos, que sus alegrías se convierten bien pronto en una profunda tristeza. Pero, aún hay otro cambio no ménos notable: el Hijo pródigo, reconociendo sus faltas por sus repetidas desgracias, vuelve por fin á la casa paterna, arrepentido de todos sus desórdenes; y recibido en ella con amor, recobra por sus lágrimas y sollozos lo que sus locas alegrías le habian hecho perder. ¡Extrañas vicisitudes! Sumido por sus desordenados placeres en un abismo de dolores, vuelve á entrar por su mismo dolor en la tranquila posesion de una alegría perfecta. Tal es el milagro de la penitencia; y lo que me mueve, cristianos, á demostraros hoy, en el extravío y el arrepentimiento de aquel Pródigo, estas dos importantes verdades: los placeres son fuentes de dolor; y los dolores, fuentes fecundas de nuevos placeres. He aquí la division de mi discurso, y el objeto de vuestra atencion. Pidámos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El Evangelio nos manifiesta que para seguir á Jesucristo, es preciso renunciarse á sí mismo, y llevar su cruz todos los días: *Tollat crucem suam quotidie* (Luc. ix, 25); no algunas horas, no algunos días, no algunos meses, no algunos años, sino todos los días. Y no es solo á los religiosos y á los solitarios á quienes Jesucristo habla así, sino que sus palabras se dirigen á todos los cristianos sin distincion. No ignoro, cristianos, que habrá algunos aquí que murmuren contra la severidad del Evangelio. Quieren que Dios nos prohiba lo que hace daño al prójimo; pero no pueden comprender que sea una virtud el privarse de los placeres; y los límites que se nos prescriben en este punto, les parecen insostenibles. Pero si no sentase mejor á la dignidad de esta cátedra el suponer indudables las máximas del Evangelio que el probarlas por razonamientos, con qué facilidad podria hacerlos ver que era absolutamente necesario que Dios arreglase por sus santas leyes todos los puntos de nuestra conducta; que él, que nos ha prescrito el uso que debemos hacer de nuestros bienes, no podia descuidar enseñarnos el que debemos hacer de nuestros sentidos; que si, teniendo en cuenta la debilidad de los sentidos, les ha dado algunos placeres, también, para honrar la razon, era preciso ponerles límites, y no entregar por completo el cuerpo del hombre á la vergüenza del entendimiento. Con efecto, no debe admirarnos el que Jesucristo nos mande perseguir en nosotros mismos el amor de los placeres, puesto que éstos, aparentando ser amigos nuestros, nos

causan grandes males. Estos peligrosos consejeros, ¿á dónde no nos conducen con sus fisonjías? ¿Qué vergüenza, qué infamia, qué ruina en las fortunas, qué desórden en las almas, qué enfermedades hasta en los mismos cuerpos no han sido introducidas por el amor desordenado de los placeres? ¿No estamos viendo todos los días mas casas arruinadas por la sensualidad que por las desgracias, mas familias divididas y turbadas en su reposo por los placeres que por los enemigos más hábiles; mas hombres prematuramente inmolados á la muerte por los placeres que por la violencia y los combates? Los tiranos ¿inventaron jamás tormentos más insostenibles que los que hacen sufrir los placeres á cuantos se entregan á ellos? Los placeres son los que han ocasionado en el mundo males desconocidos al género humano; y los médicos nos enseñan, de comun acuerdo, que estas funestas complicaciones de síntomas y de enfermedades que desconciertan su arte, confunden su experiencia y desmientan con tanta frecuencia sus antiguos aforismos, traen su origen de los placeres. ¿Quién no ve, pues, claramente cuán justo era obligarnos á ser sus perseguidores, puesto que son ellos mismos, en tantas ocasiones, los más crueles perseguidores de la vida humana?

Pero prescindamos de los males que causan los placeres á nuestros cuerpos y á nuestras fortunas, y hablemos de los que ocasionan á nuestras almas, y cuyo curso es inevitable. La fuente de todos estos males es, que los placeres nos alejan de Dios, tanto, que si nuestro corazon no nos dice que hemos sido criados para servirle, no hay palabras que puedan curar nuestra ceguedad. Ahora bien, hermanos míos; Dios es espíritu, y solo por el espíritu podemos obtenerle. ¿Quién no vé, pues, que cuanto más caminamos por la region de los sentidos, más nos alejamos de nuestra tierra natal, y más nos extrañamos en un país extraño? El ejemplo del Hijo pródigo nos lo dá bien á conocer; y no sin razon está escrito en nuestro Evangelio, que al salir de la casa de sus padres, amarechó á países remotos: *Peregre profectus est in regionem longinquam* (Luc. xv, 13).» El hijo desnaturalizado, y el siervo fugitivo que deja por sus placeres el servicio de su Señor, hace dos viajes extraños: aleja su corazon de Dios, y además aleja de Dios su pensamiento. Nada aparta tanto nuestro corazon del Señor como una ciega adhesion á los placeres sensuales; pues si las demás pasiones pueden arrastrarle, ésta es la que le obliga y le entrega enteramente á ellos. Dios no habita ya en tu corazon, hombre sensual: el idolo á quien ofrees incienso, es el Dios á quien adoras. Pero no tardarás en dar otro paso. Si Dios no habita en tu corazon, bien pronto no habitará tampoco en tu entendimiento.

Tu memoria, demasiado complaciente con ese corazón ingrato, borrará bien pronto por sí misma la imagen del Señor de tu recuerdo. Con efecto, ¿no vemos nosotros mismos, que los placeres ocupan de tal modo el entendimiento, que las santas verdades de Dios y sus justos juicios no tienen en él cabida? *Auferuntur judicia tua à facie ejus*. (PSALM. IX, 27). Dios, alejado de nuestro corazón; Dios, alejado de nuestra mente; ¡oh desgraciada ausencia! ¡oh funesto viaje! ¡En dónde estás, oh Pródigo? ¡cuánto te has alejado de tu patria! ¡y en qué región tan oculta has escogido tu morada!

Pero el amor de los placeres, no contento con habernos apartado de Dios, nos impide volver á él por una conversión verdadera; voy á demostrároslo. Para convertirse, es preciso primero resolverse á ello, fijar el ánimo en algo, y tomar algun género de vida: ahora bien, sucede que la afición á los atractivos sensibles nos pone en una disposición contraria. Porque, demasiado impacientes para poder detenernos en ello mucho tiempo, vemos por experiencia que todo el placer de los sentidos consiste en la variedad, y por esta razón nos dice la Escritura, que la concupiscencia es inconstante: *Inconstantia concupiscentia* (SAP. V, 4, 12), puesto que en ninguna de las cosas sensibles hay situación, por agradable que sea, que el tiempo no haga fastidiosa é insoportable. Quien se aficione, por consiguiente, á lo sensible, necesariamente ha de caminar de objeto en objeto, y engañarse, por decirlo así, cambiando de sitio; por eso la concupiscencia, esto es, el amor de los placeres, está siempre mudando de objeto, porque todo su ardor se extingue si continúa con uno mismo, y solo la variedad es la que puede reanimarla.

Para convertirse se necesita cierta gravedad. Los que viven en los placeres y presumen que nuestra vida no es más que un juego, están acostumbrados á reirse de todo, y nada miran con seriedad; pero cuando necesitan tomar una resolución, esas almas, acostumbradas por largo tiempo á correr de aquí para allí, por donde quiera que ven el campo descubierta, á seguir sus antojos y caprichos, y á dejarse llevar sin resistencia hácia los objetos agradables, no pueden fijarse absolutamente en nada. La constancia, la severa regularidad de la virtud les dá miedo, porque no ven en ella esas delicias, esos dulces cambios, esa variedad que alegra los sentidos, esas agradables excursiones, en las cuales se figuran que caminan con libertad. Por eso gozan y dejan cien veces los placeres, rompen y se reconcilian bien pronto con ellos. De aquí provienen esas dilaciones diarias, ese mañana que no llega jamás, esa ocasión que falta siempre, esos negocios que nunca concluyen, pero cuya conclusión estamos siempre

esperando. ¡Oh alma inconstante! ¡andarás siempre errante de uno en otro objeto, sin detenerte nunca en un bien real y verdadero? ¡Qué has adquirido de cierto con ese movimiento eterno, y que te queda de todos esos placeres, sino el volver de ellos disgustado del bien, aficionado al mal, el cuerpo fatigado y el espíritu vacío? ¡Puede ocurrirte algo más digno de lástima?

Por aquí podeis comprender cuál es la cautividad en que nos sumergen los goces sensuales; por qué el Pródigo de la parábola, no solo se extravió, sino que llegó á ser esclavo; y ved aquí en lo que consiste nuestra servidumbre, en que á pesar de que pasamos de un objeto á otro, como acabo de decir, con una variedad infinita, permanecemos siempre quietos en las cosas sensibles. Y ¿qué es lo que mantiene cautivos nuestros sentidos, sino la maldita alianza del placer con la costumbre? Porque si la costumbre tiene por sí sola tanta fuerza para cautivarlos, juntos el placer y la costumbre, ¿qué cadenas no formarán? El placer nos hace agradable el vicio, la costumbre le hace en cierto modo necesario. El placer nos conduce á una prisión; la costumbre, dice S. Agustín, nos cierra con bien candados, y no nos deja ninguna salida: *Inclusionem resonit difficultate vitiorum, et quasi muro impossibilitatis erecto portisque clausis, qua evadat non invenit* (IN PS. CVI, NUM. 3, T. 4, col. 1206).

En tal estado, si nos queda algun conocimiento de lo que somos, ¿qué piedad no debemos tener de nuestra miseria? Porque, si pudiésemos detener el curso rápido de los placeres, y atraerlos, por decirlo así, á nosotros, tanto como á nosotros nos atraen ellos, tal vez nuestra ceguedad podría tener alguna excusa. Pero ¿no es una fatalidad que amemos tanto á esos falsos amigos que nos abandonan tan pronto; que tengan ellos tal fuerza para arrastrarnos, y nosotros tan poca para detenerlos; que seamos tan fieles á esos embusteros, y que sin embargo, sea tan precipitada su fuga? Abrid, pues, los ojos; oh pecadores! Ved el precipicio á cuyo borde os habeis dormido, mirad las olas y las tempestades en medio de las cuales os creéis seguros; finalmente, considerad las desgracias y la servidumbre en que vivís contentos! ¡Ah! tal vez os sería útil que Dios os dispertase con algun golpe de su mano, ú os avisara por medio de alguna aflicción! Pero téjos de mí, hermanos míos, semejantes votos; por el contrario, yo os suplico que no obligueis al Todopoderoso á que os haga abrir los ojos enviándoos alguna calamidad; guardaos, pues, vosotros mismos de su justa ira; temed el porvenir, y el funesto cambio con que os amenaza Jesucristo; y, siquiera por miedo de que vuestra alegría

no se trueque en llanto, buscada, como el Pródigo, en la penitencia, una tristeza que se torne en alegría.

2. Se lee en la historia santa, en el primer libro de Esdras, que cuando aquel gran profeta reedificó el templo de Jerusalem, que el ejército asirio había destruido, uniendo el triste recuerdo de su ruina á la alegría de su restablecimiento, una parte del pueblo llenaba los aires de lúgubres acentos, y la otra parte elevaba al cielo cantos de regocijo, de tal modo, que no se podía distinguir los gemidos de los gritos de alegría: *Nec poterat quisquam agnoscere vocem clamoris letantium, et vocem fletus populi* (I Esdr. III, 15.) Pues bien, esta mezcla misteriosa de dolor y de júbilo es una imagen muy natural de lo que sucede en la penitencia. El alma desprovista de la gracia ve el templo de Dios arruinado en ella. Por eso llora, gime y no quiere recibir consuelos; mas, en medio de sus dolores, y mientras derrama un torrente de lágrimas, vé que el Espíritu Santo, conmovido por sus gemidos y lamentos, empieza á reedificar esa casa santa, levanta el arruinado altar, y devuelve por fin el primitivo honor á su conciencia, en la cual quiere establecer su morada; de manera que encuentre en el nuevo santuario un retiro seguro en el cual pueda vivir dichosa y tranquila, bajo la pacífica protección de Dios que ha de habitar en ella. ¿Qué os parece á vosotros, cristianos, de esta santa tristeza? Un alma, ¿á quien sus dolores proporcionan semejante gracia; no querrá mejor afligirse por sus pecados, que vivir con el mundo? Corred, pues, lágrimas de la penitencia; corred como un torrente, gotas bienaventuradas; limpiad esta conciencia sucia, lavad ese corazón profano, y «dadnos esa alegría divina» que es el fruto de la justicia y de la inocencia: *Redde mihi letitiam salutaris tui* (PSALM. I, 45).

En efecto, sería un error extraño y demasiado indigno de un hombre, creer que vivimos sin placer, por quererle trasportar del cuerpo al espíritu, de la parte terrestre y mortal á la parte divina é incorruptible. No en vano, cristianos, Jesucristo vino á nosotros de aquel paraíso de delicias, en el que abundan las alegrías verdaderas. Ef nos trajo de aquel lugar de paz y de dicha eterna, un principio de la gloria en el beneficio de la gracia, un ensayo de las miras de Dios en la fe, una prenda y una parte de la felicidad en la esperanza; finalmente, un placer casto y celestial, dimanado del desprecio de los placeres sensuales. Y ¿qué es lo que puede enseñarnos á gozar ese placer sublime; placer siempre igual, siempre uniforme; que nace, no de la turbación del alma sino de su tranquilidad; no de su enfermedad, sino de su salud; no de sus pasiones, sino de su deber; no

del fervor inquieto y siempre variable de sus deseos, sino de la rectitud inalterable de su conciencia; placer por consiguiente verdadero, que no agita la voluntad, sino que la calma; que no sorprende la razón, sino que la ilumina; que no agrada los sentidos en su superficie, sino que eleva el corazón á Dios por su centro? Solo la penitencia es la que puede abrir nuestro corazón á estas alegrías divinas. Ninguno es digno de ser admitido á gozar estos castos y verdaderos placeres, si no ha llorado ántes el tiempo que ha gastado en los placeres falsos; y el Hijo pródigo no gozaría de las tiernas caricias de su padre, ni de la abundancia de su casa, ni de las delicias de su mesa, si no hubiera llorado con amargura su corrupción, sus extravíos, sus disolutas alegrías. Lloremos, pues, nuestros pasados errores: porque ¿qué otra cosa hemos de llorar en adelante sino las faltas que hemos cometido? Examinemos atentamente por qué Dios y la naturaleza han puesto en nuestros corazones esta fuente amarga de tristeza de placer, y veremos que sin duda ha sido para que nos aflijamos, no tanto por nuestras desgracias, como por nuestras faltas. Los males, siempre que nos suceden, llevan consigo una especie de consuelo. Esto es una necesidad, y es preciso conformarse con ella; pero nada hay que agrave la tristeza de un hombre tanto, como el que la desgracia le suceda por su causa. No podríamos consolarnos nunca de las faltas que hemos cometido, si no pudiéramos repararlas y borrarlas llorando. Si habeis perdido una persona querida, aunque lloreis hasta el fin del mundo, no la hareis salir del sepulcro, y vuestros dolores no reanimarán sus frías cenizas. Pero si os afligis santamente por la pérdida de vuestra alma, la sacareis de esa tumba infecta en que la han arrojado sus iniquidades, y vuestras lágrimas labrarán vuestra dicha.

Pero cuando gozareis con mayor utilidad de los frutos de ese dolor saludable, será en la hora de la muerte. Consideremos, por un momento, las disposiciones de un hombre que muere despues de haber vivido entre los placeres. Entonces, si le queda algun sentimiento, no puede evitar pesares extremados; porque entónces, ó lamentará el haberse abandonado á esos placeres, ó llorará la necesidad de perderlos y de dejarlos para siempre. ¿Qué dolores el uno y el otro! aquél es el fundamento de la penitencia, y éste la renovacion de todos los crímenes. No podemos evitar uno de los dos, hermanos míos; ¿cuál de ellos vencerá en aquel último dia? Eso es lo que no podemos saber; pero, si he de deciros mi opinion, creo que ha de ser el segundo. Tal vez pensareis, hermanos míos, que cuando la muerte nos lo arrebatara todo, nos resolvemos facilmente á dejarlo todo, y que no

nos es difícil desprendernos de lo que vamos á perder. Pero si pudierais penetrar en lo interior de los corazones, veriais que más bien debe temerse lo contrario. En efecto; es natural en el hombre el redoblar sus esfuerzos para retener el bien que se le escapa. Si, hermanos míos; cuando nos arrancan lo que amamos, esta violencia irrita nuestros deseos; y haciendo el alma entónces un postrer esfuerzo para correr en pos del bien que le roban, se causa ella á sí misma esa pasión que nosotros llamamos sentimiento y disgusto.

¿Quién no temerá, pues, cristianos, que nuestra alma fugitiva, se acuerde de repente en aquel último día de lo que más le agradó en el mundo, que nuestro último suspiro sea un gemido secreto por perder tantos placeres, y que ese amargo sentimiento de abandonarlo todo, confirme, por decirlo así, con otro acto, el último de la vida, todo lo que hicimos durante la misma vida? ¡Oh sentimiento funesto y deplorable, que renueva en un momento todos los crímenes que borra toda la contrición de la penitencia, y que entrega nuestra alma maldita y cautiva á una continuacion eterna de sentimientos furiosos y desesperados, que no tendrán jamás consuelo ni remedio! Por el contrario, un hombre de bien, á quien los dolores de la penitencia, han separado de buena fe de las alegrías sensuales, no tendrá nada que perder en ese día; el abandono de los placeres ha quitado ya la costumbre de ellos al cuerpo; y habiendo hace ya largo tiempo, ó desatado, ó roto esos lazos delicados que le unian á ellos, tendrá poco trabajo en separarse de cuanto les pertenece. Ese hombre apartado del siglo, que ha puesto todas sus esperanzas en la vida futura, al ver que se acerca su muerte, no la llama ni cruel ni inexorable; por el contrario, le tiende los brazos y le señala él mismo el sitio donde debe darle el último golpe. ¡Oh muerte! le dice con faz serena, tú no me harás ningún mal, tú no me quitarás nada que me sea querido. Vas á separarme de este cuerpo mortal; pues bien, gracias te doy, ¡oh muerte! por ello; toda mi vida he trabajado para hacer lo mismo. Todo el tiempo que me ha durado, he procurado mortificar mis apetitos sensuales; tu auxilio ¡oh muerte! me será necesario para arrancarlos de raíz: por eso, léjos de interrumpir el curso de mis designios, tú no has hecho más que dar la última mano á la obra que yo he principiado. Tú no destruyes lo que pretendes destruir, sino que lo concluyes. Acaba, pues; ¡oh muerte favorable! y llévame pronto al seno de Aquel á quien amo, y cuya posesion os deseo.

DIVISIONES.

PLACERES.—Los placeres del mundo turban el gozo de la Iglesia por inocentes que parezcan.

Los placeres del mundo son para los que viven en el mundo como si nunca debiesen morir.

Los placeres del mundo no son para los que hacen profesion de imitar á Jesucristo.

PLACERES.—Los placeres desasosiegan cuando son buscados con ardor.

Los placeres embriagan cuando se saborean con pasión.

Los placeres embrutecen cuando uno se sacia de ellos.

PLACERES.—La necesidad que tenemos de cambiar de placeres muestra, que los placeres de esta vida son placeres imaginarios.

El temor que á los santos infundian los placeres muestra, que los placeres de esta vida son placeres peligrosos.

El disgusto y á veces el dolor que sigue de ordinario á los placeres muestra, que el resultado de los placeres de esta vida es hacer á los hombres miserables.

PLACERES.—El amor de los placeres nos hace rechazar nuestra conversion.

El recuerdo de los placeres turba nuestra penitencia.

La fuga de los placeres facilita nuestra salvacion.

PLACERES; véase: DESHONESTIDAD, IMPUREZA, LUJURIA Y SENSUALISMO.

PLAGAS; véase: AFLICCIONES y CALAMIDADES PÚBLICAS.